



FABRICA DE METEPEC. SALÓN DE TELARES. ATLIXCO, PUEBLA.

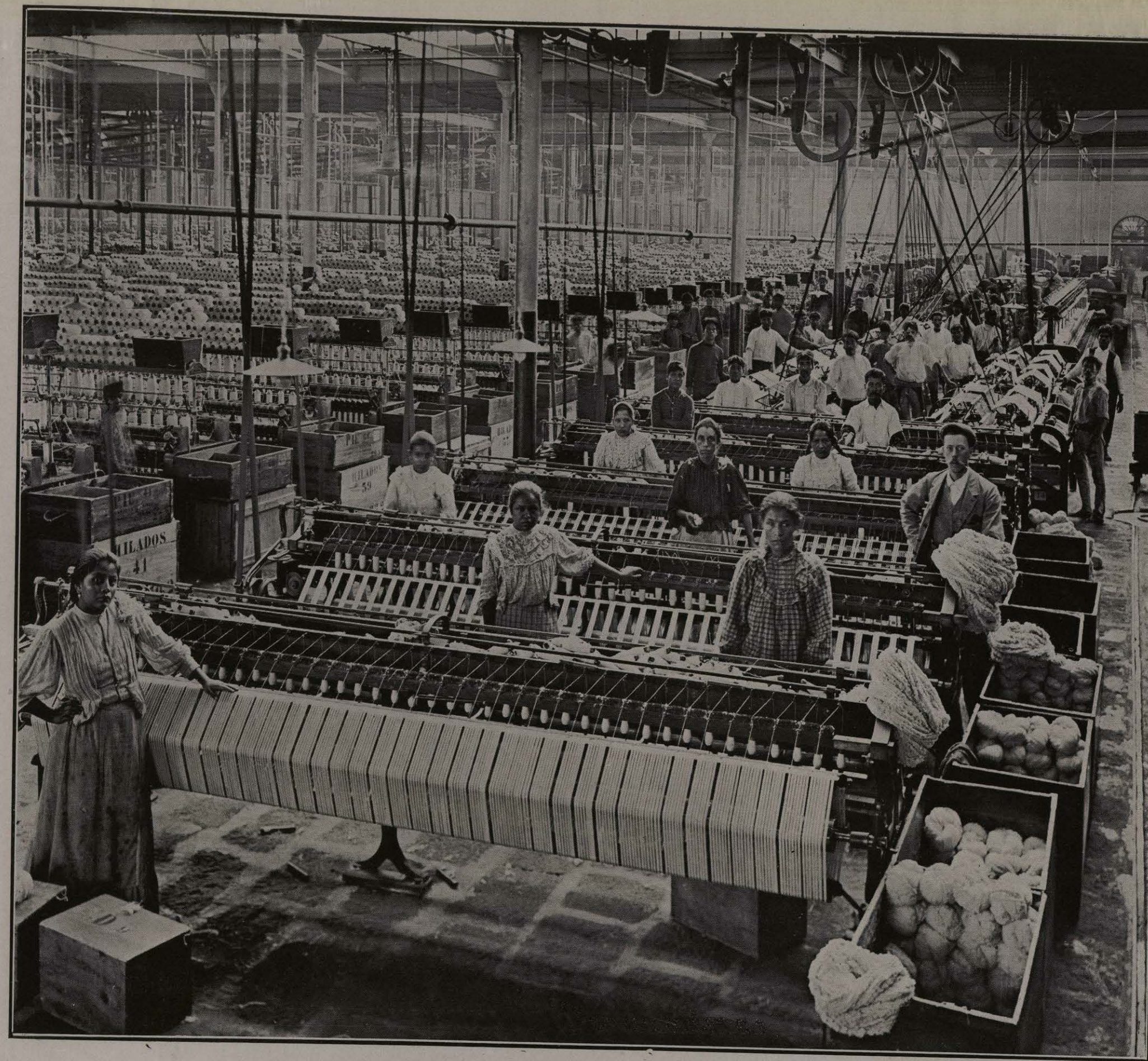
• 220 •

Los títulos de la empresa de fabricación de hilados y tejidos de Metepec, á pretender uno de los puestos primeros del país entre las negociaciones de igual género, fueron bastantes para que el Gobierno Federal considerara que esta instalación era digna de ser conocida por los miembros del Congreso Panamericano que se reunió en México el año de 1900. De entonces data, poco más ó menos, la inauguración de esta gran fábrica, pues que algún tiempo después comenzó á funcionar en toda forma; que, aunque la maquinaria estaba montada y dispuestos los telares poco tiempo antes de la visita de los congresistas, ese tiempo fué bastante reducido.

Complacidos en extremo quedaron los visitantes aquella ocasión, después de haber recorrido todos los departamentos de la fábrica, los salones de telares y devanadoras, la

maquinaria, etc. Muchas personas de aquéllas habían viajado por todo el mundo, y sin embargo, declararon que la maquinaria era de lo mejor y la instalación sumamente notable. Por una magnífica tubería colocada con violenta inclinación sobre la pendiente del alto cerro en que se apoyan estos edificios, se precipita con formidable energía el caudal que pone en movimiento, irresistiblemente, miles de telares. Nada más imponente que contemplar esos tubos elevadísimos de sección mayor de un metro, por los cuales baja con potencia indescriptible la fuerza, que pone en acción tantos y tantos aparatos ingeniosos y complicados, que van á surtir mercados situados á millares de millas de distancia, á proporcionar subsistencia á muchos cientos de obreros y á enriquecer la producción nacional decorosamente.

(Continúa).



FABRICA DE METEPEC. SALÓN DE DEVANADORAS. ATLIXCO, PUEBLA.

• 221 •

Comparada esta negociación con las rivales, solamente una encontramos que la sobrepuje en importancia. Es rico el Estado de Puebla por sus fábricas de hilados y tejidos; el Atoyac, que tantas plantas mueve en las inmediaciones de la capital del Estado, ha sido llamado con justicia un río de oro; en el mismo distrito de Atlixco hay negociaciones tan importantes como la fábrica del "León;" pero ocupa el primer lugar, entre todas, la magna instalación de Metepec. Las habitaciones de los obreros han formado una verdadera población, con su mercado y sus tiendas, su jardín público, donde pasean los domingos al

són de la música de banda, y, lo que es más importante, con sus escuelas de niños y niñas. Por el número de telares, que es lo que da la medida de la capacidad de un establecimiento fabril de esta clase, únicamente "Río Blanco" supera á Metepec. Por la calidad de la producción, si hay otras instalaciones, como "La Carolina," de México, que produce también estampados de muy buena clase. Metepec fabrica principalmente percales, mantas y otros lienzos de gran consumo. El número de los telares pasa de dos mil. El valor de la instalación es superior á siete millones de pesos.



POPOCATÉPETL.

El poeta, el pintor, el viajero, el hombre de ciencia, el mismo rústico adocenado, no pueden fijar sus miradas en estos colosales admirablemente bellos, sin sentirse cautivados por su inmensa hermosura, y reconocer, todos igualmente, que se hallan en presencia del espectáculo más grande del Anáhuac.

La leyenda y la poesía han bordado las mallas intangibles de sus relatos en torno de los gigantes; y la ciencia los estudia atentamente desde hace varios siglos, desde que por primera vez la planta de un hombre inteligente se posó en sus ásperas vertientes.

El barón de Humboldt, aquel otro coloso del saber, escaló las más altas cimas del Popocatepetl, ansioso de llegar con el pie hasta las casi inaccesibles alturas que el gigantesco cerro rasga con sus crestas diamantinas, y escrutó las profundidades de su cráter misterioso, del que aún no hace mucho tiempo salían rugiendo la destrucción y el estrago, y

del que hoy todavía se escapa la columnilla de humo que en otros tiempos, en el idioma indígena de los antiguos señores del Anáhuac, dió nombre á este monte: *montaña que humea*.

Con posterioridad á las ascensiones del esclarecido germano, otros muchos turistas y algunos hombres de ciencia han osado escalar sus abruptos picachos, á efecto de rectificar definitivamente la verdadera altura del volcán, que, como todo lo extraordinario, ha escapado por largo tiempo á la medida y al número.

Parece actualmente, según las últimas observaciones cuidadosamente rectificadas por medio del hipsómetro, el barómetro y los cálculos trigonométricos, que la verdadera altura del Popocatepetl alcanza los cinco mil cuatrocientos cincuenta metros. Así ha quedado resuelta la antigua rivalidad que existió entre este gigante y el colosal Citlaltépetl, cuyo penacho acorazado de plata, se perfila á lo lejos, á cinco mil setecientos metros de elevación.



POPOCATÉPETL.

Los más de los viajeros que han intentado la peligrosa ascensión del grandioso gigante de granito, que se levanta al centro del Anáhuac—y aquí vale decir que el cincuenta por ciento de los que emprenden la excursión, se quedan al pie del coloso, no obstante que todos los que van, y algunos más, retornan refiriendo sus impresiones del cráter:—los más de los verdaderos excursionistas emprenden el ascenso por San Nicolás de los Ranchos ó por Amecameca, y, después de pernoctar en Tlamanca, ranchería, ó más bien simple jacal gemelas, el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl, comienzan el verdadero ascenso á las primeras horas matutinas, abandonando las caballerías en la Peña de las Cruces, donde ya comienzan el manto de la nieve.

La sucesión de cuadros contemplados en el curso de esta excursión, bien puede compararse á un fantástico cinematógrafo. Primero, los inmensos bosques, las selvas casi vírgenes, en las que se interna el viajero al pie de la montaña, y de las que parece no habrá de salir nunca: así de espesas y cerradas están!

A veces se camina á lo largo de profundas cañadas, en las que el viento suspira con maravillosa semejanza; y á veces ruge el huracán con silbo ensordecedor ó imita el aire, de los barrancos.

A medida que se asciende, más típica va haciéndose la vegetación: se acaban los índices apuntados al cielo. Esto mismo desaparece más arriba, y cuando por fin no quedan sino las peñas vestidas de líquenes, estamos cerca ya de la región de las nieves eternas, ras veces holladas por la planta del hombre.

Tampoco le falta interés á la ascensión emprendida por el rumbo opuesto á Tlamanca. La vertiente es allí más empinada: la cima se proyecta desnuda de nieve casi por completo; prolongadas extensiones sembradas de la áspera raíz de zacatón, prestan monótono sello al paisaje, más terrible poco arriba, adonde comienza el tremendo arenal que escasos excursionistas remontan, y en la cima del cual cuelgan algunos hilos de plata.....